

DAVID HARVEY

*La condición de la posmodernidad:
investigación sobre los orígenes del cambio cultural*

Buenos Aires, Amorrortu, 1998, 401 p.

Este libro, cuya edición original en inglés es de 1990, constituye un importante ensayo de comprensión crítica del postmodernismo. Reune los rasgos esenciales del “mundo postmoderno” y, sobre esta base, ofrece algunas observaciones sobre su legitimidad que rebasan la celebración presente en la mayoría de los textos canónicos de una polémica que empieza a ser historia.

La tesis que atraviesa el libro se resume en lo siguiente. Harvey señala la existencia de importantes mutaciones tanto en la esfera económico-política como en la cultural, que se desencadenan en los países capitalistas aproximadamente a principios de los años 70. Fundamentándose en el materialismo histórico, demuestra que tales mutaciones no sólo coinciden en el tiempo. Forman parte de un proceso global que, en último término, remite a las estrategias diseñadas para superar las crisis del sistema fordista. Aun cuando los cambios son profundos y significativos, el autor no ve en ellos una transformación sustancial que permita hablar de un salto a una sociedad postcapitalista o postindustrial. Su despliegue se produce en el marco de continuidad ofrecido por la lógica de expansión y acumulación que caracteriza al capitalismo desde sus orígenes y que fue descrita por Marx en sus obras fundamentales.

Esta tesis se desarrolla en cuatro partes. La primera está orientada a establecer el marco de características dentro del cual el modernismo y el postmodernismo se configuran como momentos antagónicos y complementarios. Su función es definir el fenómeno cuyos sustentos explicativos se presentarán más adelante. En tal sentido, hace más bien un acopio y yuxtaposición de las ideas que han dominado el debate sobre la postmodernidad y la modernidad. Podríamos decir que articula la representación de ambos procesos formulada por partidarios y detractores en su esfuerzo por llenar de contenido ambas categorías. En relación con lo moderno, parte de la conocida presen-



tación baudeleriana de la modernidad como la articulación de lo eterno y lo contingente, examina las líneas definitorias de la utopía ilustrada y las “advertencias” de algunos de sus críticos (Weber y Nietzsche). En conjunto, la modernidad se presenta como una etapa histórica definida por múltiples tensiones. Así, por ejemplo, la aceleración del cambio histórico y la subsecuente sensación de inestabilidad que marca a los sujetos que transitan por ella, está acompañada por la búsqueda, en muchos casos con consecuencias desastrosas, de soportes de estabilidad y ordenamiento orientados en dos direcciones también opuestas: la perspectiva universalizante y la mitificación localizada. Del mismo modo, “el campo de batalla” del postmodernismo se conceptualiza apelando a descripciones deslindantes como las de Hassan y sintetizando los principios filosóficos y artísticos de quienes han sido piezas directa o indirectamente involucradas en su emergencia: Foucault, Lyotard, Jameson, Derridá, Baudrillard. Según esto, el postmodernismo abarcaría los siguientes atributos: la adopción de lo efímero y de la fragmentación, la supresión de meta-relatos unificadores, la preocupación por el lenguaje y sus juegos, la dispersión del poder, la aceptación de la pluralidad de voces, el deconstruccionismo, la “esquizofrenia”, el pastiche, la pérdida de profundidad, la difuminación de las fronteras entre “alta y baja cultura”, la fascinación por los medios, la invasión del mercado a la producción cultural. Harvey invita a no apreciar este conjunto de rasgos de la cultura como un campo autónomo, desligado de la vida cotidiana. Por el contrario, considera que una pregunta pertinente es “¿por qué, entonces, la actitud predominante toma la forma que toma?” (p. 118). La vía para buscar una respuesta a esta interrogante consiste en explorar “las realidades prosaicas de la modernidad y postmodernidad capitalistas y [en ver] cuáles son las claves que podemos encontrar allí en cuanto a las posibles funciones de estas ficciones y fragmentaciones en la reproducción de la vida social” (p. 118). Esto lo conduce a la teoría de Marx sobre la tensión entre los impulsos revolucionarios que instauran la inestabilidad para la supervivencia del sistema y los impulsos ordenadores que, a través de recursos como el mito, se esfuerzan por garantizar la lógica de expansión y acumulación del capitalismo. El asunto que se plantea, entonces, es indicar si el cambio del modernismo al posmodernismo está acompañado de una fractura significativa del fenómeno general descrito por Marx. La respuesta de Harvey es negativa y la parte se cierra señalando que en gran medida el postmodernismo puede ser comprendido como la exacerbación de la línea modernista centrada en la inestabilidad y criticando la imagen simplificada ofrecida por los postmodernistas tanto de sí mismos como de la modernidad.

La segunda parte apunta a las cuestiones económico-políticas. Teniendo como soporte los conceptos de acumulación y regulación se propone establecer la naturaleza y profundidad de los cambios. Harvey resume las transformaciones como un desplazamiento de “formas de acumulación”. De la acumulación rígida del sistema fordista-keynesiano se pasa a lo que denomina “sistema de acumulación flexible”, en el cual



la planificación a largo plazo, la negociación sindical, el estado de bienestar, la regulación del estado son sustituidos por la flexibilidad de los procesos laborales, mercados de mano de obra, productos y pautas de consumo, así como por la “emergencia de sectores totalmente nuevos de producción, nuevas formas de proporcionar servicios financieros, nuevos mercados y, sobre todo, niveles sumamente intensos de innovación comercial, tecnológica y organizativa” (p. 170-171). En términos precisos, Harvey destaca el debilitamiento de la clase obrera, la intensificación de los ciclos de producción y consumo y la mundialización y aceleración de los flujos de capitales, entre los rasgos más importantes. Todos estos cambios, que responden a la crisis del sistema de acumulación rígida, no son interpretados por Harvey ni como una mera reproducción del capitalismo de siempre ni como la conformación de un modo de producción radicalmente novedoso. Ve en ellos un nuevo ciclo en el proceso de revolución permanente del capitalismo mundial que ha conducido a una configuración en muchos sentidos diferente de las anteriores.

En la tercera parte nos desplazamos a un problema diferente: “La experiencia del espacio y el tiempo”. Esta cuestión es de central importancia pues ve en ella un ámbito privilegiado de mediación entre los procesos económico-políticos y los culturales. Harvey destaca la historicidad de las representaciones del espacio y el tiempo y su estrecha relación con la dimensión económica, política y social. El concepto clave en este punto es el de “compresión espacio-temporal”. De acuerdo con él, el capitalismo ha acarreado una “superación de las barreras espaciales” (p. 267) y un acortamiento de los horizontes temporales que han estado acompañados por reformulaciones sucesivas en la representación del espacio y el tiempo. Harvey se extiende con cierto detalle en la evolución de tales representaciones: la fase de la Ilustración con la dominación del espacio y la linealidad del tiempo; el auge del modernismo a partir de 1848 con la conciencia de la simultaneidad mundializada, del vértigo temporal, la tensiones entre ser y devenir y universalismo y localismo. Finalmente, aborda la relación entre “compresión espacio-temporal” y la condición postmoderna. La hipótesis que propone el autor en relación con este tema es que a partir de los años 70 se ha producido una “intensa fase de compresión espacio-temporal” (p. 314) que ha generado profundos desajustes en las esferas económica, política, social y cultural. La aceleración del tiempo de rotación del capital supone una aceleración correlativa de todas las dimensiones de la vida social en una proporción inédita. Se ha acentuado la volatilidad de todo (desde la moda hasta los estilos de vida y las ideologías) que obliga a los hombres a una reacomodación permanente o a la intervención activa sobre ella a través de la construcción de nuevos signos e imágenes. Esto explica la importancia que adquiere la publicidad y la consecuente relevancia de la imagen en todas las prácticas. De igual modo, las barreras espaciales aparentan haberse disuelto tanto para nuestra conciencia del mundo como para el flujo del capitales, mercancías, estilos de vida, etc. Paradójicamente, esta aceleración

coexiste con la búsqueda de basamentos de estabilidad temporal y espacial, ilustrados por el resurgir religioso y las apuestas por una afirmación local. Harvey concluye que, aunque novedosos en muchos sentidos, si se interpreta estos cambios en el contexto del capitalismo se pueden valorar como una de las olas de compresión espacio temporal de los últimos siglos.

La cuarta y última parte lleva el título del libro. En ella Harvey puntualiza su juicio sobre la postmodernidad y examina su alcance histórico-político. En tal sentido, se pregunta de qué tipo de condición se trata y cuál es la actitud a adoptar frente a ella. Harvey conecta fenómenos como “la importancia de la imagen” en la que se esconde una política coherente de desmantelamiento de las fuerzas opuestas al capital (ejemplificada por la elección y la política de figuras como Reagan y Thatcher) con la negación postmoderna a ser discutida en su base económica en un momento en que la producción cultural ha pasado a estar sometida a la lógica del capital como nunca antes. Esta conexión se hace notable al enfocar la inserción de la “masa cultural” en el mundo de circulación capitalista y su posición relativamente privilegiada dentro de él, y que afecta, incluso, a las posiciones orientadas hacia la izquierda. Para Harvey, no obstante, hay unos signos que anunciarían la crisis tanto del postmodernismo como del sistema de acumulación flexible del que en gran medida es correlativo. La caída de la bolsa del año 1987, el cuestionamiento a figuras significativas para el pensamiento postmoderno como Heidegger y Paul de Man por sus conexiones con el nazismo y antisemitismo y la articulación de movimientos que enfrentan los efectos de la acumulación flexible, augurarían “una nueva versión del proyecto de la ilustración” (p. 392) que muy bien puede ser promovida por una renovación del materialismo histórico.

Más allá de este optimismo, que los años posteriores a 1990 se han encargado de desmentir, y de cierto esquematismo inevitable en trabajos de perspectiva tan amplia, el trabajo de Harvey resulta revelador en muchos sentidos. Trasciende la autarquía del discurso y esa forma de reduccionismo que marca la hipótesis de “los juegos de lenguaje” y muestra hasta qué punto la esfera de la producción cultural en la etapa postmoderna se organiza en relación con el orden económico-social y participa en el proceso de su reproducción. Hay, sin embargo, algunas observaciones que es necesario realizar. La más importantes son el “eurocentrismo” que orienta su análisis y el opacamiento de la diversidad social y cultural. Ambos constituyen concesiones a los presupuestos establecidos en el debate sobre lo postmoderno que, al fin y al cabo, se ha escenificado en el marco de los circuitos académicos de lo que, con renovado ímpetu, se vuelve a llamar la “civilización occidental”. La experiencia de la postmodernidad y de la modernidad no se desarrollan de la misma manera en todas las regiones del planeta, por lo cual una perspectiva auténticamente (sabemos que es una palabra tabú) mundializada tiene que considerar esa heterogeneidad. Otro tanto sucede con la diversidad so-



cial. Un buen ejemplo de esta limitación está en las representaciones del espacio y el tiempo. Aunque la compresión espacio-temporal es un fenómeno indiscutible no necesariamente ha afectado a todos por igual ni ha conducido a la formulación de “una representación” correlativa a cada etapa. Flaubert podía muy bien estar preocupado por la simultaneidad y Joyce concentrar la experiencia del tiempo en el presente, pero estas preocupaciones no necesariamente afectaban a amplios sectores de la población cuya experiencia del tiempo y el espacio estaba volcada a su cotidianeidad. Se dice que en nuestro tiempo han sido disueltas las barreras espaciales y temporales. Una precisión necesaria es decir *para quienes y en qué planos de su experiencia*, así quizá se supere una de las múltiples fantasmagorías que jalonan nuestra existencia.

BELFORD MORÉ